

BENITO VARELA JÁCOME (1919-2010)

Don Benito Varela Jácome murió en Santiago de Compostela el 22 de octubre de 2010. Lo avanzado de su proceso de edición impidió que el *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo* le tributara el homenaje que un año después tratan de ser las líneas que siguen. Durante el tiempo transcurrido desde su fallecimiento otros amigos, colegas y discípulos lo han recordado, y esas evocaciones han conjugado siempre el afecto con la admiración por el maestro que él siempre supo ser. El afecto y la admiración caracterizaron también mi relación con don Benito. Porque mi memoria de él tiene mucho de autobiográfica (inevitablemente), su persona quedó para mí ligada sobre todo a su entrega a la investigación y a la enseñanza de la literatura hispanoamericana, las tareas que han ocupado también mi vida académica.

Conocí a don Benito en los últimos años setenta, cuando se incorporó como Agregado de Cátedra al Departamento de Literatura Hispanoamericana de la Universidad Complutense de Madrid. Para mí había sido hasta entonces el estudioso de doña Emilia Pardo Bazán y el editor de escritores españoles que los programas de Literatura Hispánica exigían abordar, pero sobre todo el gran conocedor de las literaturas europea y norteamericana que demostraba su obra *Renovación de la novela en el siglo xx*: en sus páginas encontré el panorama que mis lecturas dispersas no podían proporcionarme, y el estímulo para leer a grandes narradores que aún no había frecuentado. La inminencia de su llegada a Madrid me obligó a reparar en que también había editado hitos inevitables de la cultura literaria hispanoamericana como *Facundo* o *María*, además de páginas de José Martí y versos de Gertrudis Gómez de Avellaneda. Por entonces llegó a mis manos *El cuento hispanoamericano contemporáneo*, una selección de relatos breves precedida de un amplio prólogo y enriquecida con propuestas para el comentario de los textos. Cuantas veces he vuelto sobre esa antología, he encontrado razones para sorprenderme del amplio y a la vez profundo conocimiento de la narrativa hispanoamericana que allí se demostraba, desde las décadas finales del siglo xix hasta las fechas más recientes, y a la vez del contexto histórico, social y político en que se gestaban las obras; también de lo novedoso de sus análisis de las técnicas narrativas que daban una profunda dimensión al proceso construido por novelas y cuentos.

Recuerdo haber recordado ya en más de una ocasión la significación que tuvo para mí la estancia de don Benito en Madrid, con su nostalgia de Galicia y su dedicación plena a la Universidad. Compartí con él muchas horas en el despacho común que era por entonces el Seminario Archivo «Rubén Darío» de la Complutense, y también las comidas en la Facultad y los paseos por el Campus. Por entonces descubrí lo que todos sabían: aquel profundo conocedor de diversas li-

teraturas lo era también de la literatura gallega, por la que me contagié un interés que yo no había sentido en las aulas. Desde luego, su magisterio me resultaba más útil cuanto más me ayudaba a la especialización que buscaba. Para el Ayudante que yo era, con todos los esfuerzos centrados en la investigación que constituyó mi tesis doctoral, esos años fueron decisivos, y de don Benito pude aprender incluso cuando visitábamos las librerías madrileñas en busca de autores y obras que habían de enriquecer la biblioteca del Departamento de Literatura Hispanoamericana, que él dirigió por algún tiempo. Su amistad no sólo fue un estímulo para la lectura: también para que me interesara en las perspectivas teóricas que podían ayudarme a acrecentar el rigor de mis estudios literarios. La crítica había sido y era con demasiada frecuencia un obstáculo más que una ayuda para el acercamiento a la literatura hispanoamericana: elaborada para uso exclusivo de los iniciados, a veces se concretaba en estudios más interesantes por sus planteamientos que por sus aportaciones a la explicación de las obras, y que el cambio de las jergas volvía pronto ininteligibles. Los trabajos de don Benito, siempre al tanto de las últimas propuestas, mostraban la eficacia con que él se aplicaba al análisis minucioso de las técnicas o los procedimientos narrativos, de las perspectivas adoptadas por el narrador, de los niveles espaciales y sociales representados. La utilización –muy personal– de una terminología compleja se conciliaba en su caso con un minucioso conocimiento de los textos analizados.

Don Benito regresó a Galicia a principios de 1981, para ocupar una Cátedra en la Universidad de Santiago de Compostela. Desde esa fecha tuve ocasión de reencontrarlo en numerosos congresos y en los tribunales de aún más numerosas tesis doctorales. Seguí sus publicaciones, y mi impagable deuda con él creció sin cesar: incluso en sus dudas o vacilaciones pude encontrar sugerencias para mis investigaciones sobre el indigenismo o sobre la literatura del siglo XIX. También pude observar que crecía imparablemente su magisterio entre quienes, como yo, apostaban por la presencia de la Literatura Hispanoamericana en las universidades españolas. En 1992 fuimos ya suficientes para crear la Asociación Española de Estudios Literarios Hispanoamericanos. Don Benito fue Presidente Honorario de esa Asociación desde 1996: ese fue nuestro modesto homenaje a quien siempre había sido un excelente ejemplo de comportamiento personal y académico, tanto para mi generación como para las promociones posteriores. Varios de esos hispanoamericanistas estuvimos presentes en otro homenaje a su persona que fueron las Primeras Jornadas Hispanoamericanas de Literatura e Pensamento («O Pensamento Creador») celebradas en A Coruña en diciembre de 1999. Después, los actos en su honor que los colegas de la Universidad de Alicante organizaron en mayo de 2000, y que coincidieron con la creación del Portal Temático «Novela hispanoamericana del siglo XIX / Fondo Benito Várela Jácome» en el seno de la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, supusieron un nuevo reconocimiento a su significación intelectual. Aún pudo compartir con nosotros alguna de las jornadas del V Congreso de la Asociación Española de Estudios Literarios Hispanoamericanos celebrado en A Coruña a fines de septiembre de 2002.

Para entonces su obra estaba cumplida y su prestigio plenamente consolidado, pero se hacía necesaria la recuperación de sus escritos dispersos en revistas y otras publicaciones. En 2002 la Universidad de Santiago de Compostela publicó *Asedios a la cultura cubana. Textos y contextos*, en el ámbito de la Biblioteca de la Cátedra de Cultura Cubana «Alejo Carpentier» que dirigía Yolanda Novo y que don Benito había dirigido. En 2006 el Servicio de Publicaciones de la Universidad de Alicante editó los *Ensayos sobre literatura hispanoamericana (1977-1997)* que Eva Valcárcel había reunido. Fiel a su título, el primero de esos volúmenes recogió sus trabajos sobre Gertrudis Gómez de Avellaneda, José Martí, José Lezama Lima y Alejo Carpentier, además de su introducción al cuento contemporáneo y el prólogo que precedió al volumen de 1983 para el que él mismo seleccionó algunas novelas hispanoamericanas relevantes del siglo XIX (*Amalia, María,*

Aves sin nido y *La charca*). El segundo reiteró algunos de esos ensayos junto a otros que demostraban la variedad de sus intereses: a estudios sobre escritores tan reconocidos como César Vallejo, Juan Rulfo, Julio Cortázar, Ernesto Sábato o Gabriel García Márquez, se sumaron otros que demuestran su voluntad de adentrarse en territorios apenas explorados, como los que dedicó a *Herencia*, de Clorinda Matto de Turner, o a *Atrapados*, de Jorge Icaza.

Como los que se ocuparon de Gertrudis Gómez de Avellaneda o de José Martí, el análisis de *Herencia* forma parte de la excepcional contribución de don Benito al estudio de la literatura hispanoamericana del XIX. En el Fondo de la Biblioteca Cervantes a él dedicado pueden encontrarse numerosas novelas hispanoamericanas de ese siglo, así como su minucioso estudio sobre el desarrollo del género durante ese período. Ajeno a discusiones teóricas de rentabilidad dudosa y a especulaciones tal vez inútiles sobre la identidad cultural hispanoamericana, don Benito dirigía su interés hacia el proceso literario y hacia los textos que lo conformaban. Nadie ha presentado mejor la evolución de la novela decimonónica, quizá porque nadie dedicó tanta atención a obras desdeñadas o ignoradas –en buena medida lo eran incluso las de Clorinda Matto de Turner y de Manuel Zeno Gandía que él editó–, con lo que pudo ver en esa narrativa no el resultado caótico de sucesivas oleadas foráneas de romanticismo, realismo y naturalismo, irregularmente difundidas a causa de una complicada geografía y otros obstáculos, sino una manifestación de necesidades culturales propias de los distintos países o del conjunto de Hispanoamérica.

De las escasas ocasiones en que lo vi durante sus últimos años conservo recuerdos muy personales y alguno profesional que aún me sirve de estímulo. De los laberintos de una memoria rota volvían a surgir con insistencia referencias a sus experiencias juveniles en la Argentina y a la necesidad de profundizar en el estudio de la literatura naturalista de aquel país. En esa literatura se integraban *Sin rumbo* y las demás obras de Eugenio Cambaceres, pero también novelas olvidadas que don Benito no quería ignorar, como *¿Inocentes o culpables?*, de Antonio Argerich, o *Irresponsable*, de Manuel T. Podestá. El lector incansable que don Benito había sido se resistía a desaparecer. Quizá porque me permite recordarlo mejor que otros en esa entrega a la literatura que era una constante búsqueda de conocimientos, entre los mencionados *Ensayos sobre literatura hispanoamericana (1977-1997)* prefiero hoy el titulado «La Argentina “visible” en los libros de viaje», donde escritores numerosos, desde Lucio Victorio Mansilla hasta Manuel Mujica Láinez, le ayudaban a cartografiar aquel país en su variada geografía. La atención dedicada a obras como *Una excursión a los indios ranqueles* o *La Australia argentina* prueban que se sentía atraído sobre todo por el sur que representaron la pampa indígena apenas explorada y las inhóspitas y fascinantes tierras patagónicas: espacios que parecen símbolos de esos territorios a veces misteriosos de la literatura a los que don Benito dedicó su vida.

TEODOSIO FERNÁNDEZ
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID